

ya siglos que el nombre de las victorias más retumbantes de este tiempo habrá desaparecido en el olvido. Más de cincuenta mil hombres habían perecido durante los dos sitios. Como se había empleado lo más á menudo en ataques la fuerza matemática de la mina y de la gran artillería, las pérdidas de los franceses fueron infinitamente menos sensibles. Esto era una razón de más para usar de indulgencia con los que sobrevivían. El mundo entero tenía los ojos fijos sobre éstos y parecía como suspendido de admiración.

Habían llevado el valor hasta el frenesí, y en algunos la venganza hasta la atrocidad; habían demostrado todos los fanatismos confundidos en uno solo, pero jamás ruínas rociadas con tanta sangre fueron más brillantes por su heroísmo. Jamás soldados traicionados por la suerte de sus armas fueron más dignos del respeto de los vencedores. Es de sentir que Lannes no hubiese sabido honrar su éxito con una generosidad igual á la desgracia de estos gloriosos vencidos. Trató á los defensores de Zaragoza como una partida de bandidos cogidos en su gua-



EL PRÍNCIPE EUGENIO BEAUARNAIS



rida. A despecho de una capitulación, muy sumaria, es verdad, pero formal y firmada por su mano, que garantizaba expresamente «la seguridad de las personas y de las propiedades,» (art. 6.º), hizo ejecutar dos de los jefes que habían contribuido más á la resistencia, y abandonó á los excesos de la soldadesca el cadáver de una ciudad muerta.

Los historiadores franceses han negado siempre la realidad de esta capitulación cuya existencia es afirmada con gran energía por los historiadores ingleses y españoles. Lo que es cierto, es, que el texto, en efecto, está impreso íntegramente en la *Gaceta de Madrid*, del 11 de Marzo de 1809, á consecuencia de las representaciones de la junta de Zaragoza; y se puede leer en la correspondencia del rey José, fecha del 27 de Febrero de 1809, una frase que nos parece cortar el debate: «Señor, escribía á su hermano, he recibido la *acta de rendición* de Zaragoza.» Esta acta de rendición no podía ser sino la

pieza á la cual hacemos ilusión, porque no se levanta cuando una ciudad se rinde á discreción.

Sea lo que quiera, los defensores de Zaragoza no tenían necesidad de capitulación. Debían ser para siempre sagrados para cualquiera que tuviera el corazón de patriota ó de soldado. Esto es tan cierto que el mismo rey José, en la narración oficial que publicó del sitio, no pudo impedir que se hiciera homenaje á su valor, lo que le valió una dura represión: «Hermano mío, le escribió Napoleon, el 11 de Marzo, he leído un artículo de la *Gaceta de Madrid* en el que se da cuenta de la toma de Zaragoza. Se hace el elogio de los que han defendido esta ciudad. ¡Hé ahí, en verdad, una singular política! *Ciertamente, no hay un francés que no sienta el más grande desprecio por los que han defendido á Zaragoza.*»—Esto es, por lo menos, lo que hubiera querido, porque este gran explotador de la gloria vino á creer que el honor ó la infamia no existen

mas que en relación á él, y que se estaba consagrando al uno ó al otro, según los sentimientos que se le atestiguaban. Para restablecer la balanza el emperador hizo deshonorar con el epíteto de débil, al intrépido joven que había sido el alma de esta inmortal defensa: «Este hombre, decía el *Moniteur* del 2 de Marzo de 1809, hablando de Palafox, es *objeto de desprecio* de todo el ejército enemigo que le acusa de presunción y de *cobardía*. Jamás se le ha visto en los puestos que debía ocupar.» Y algunos días más tarde: «Se desespera de la vida de Palafox. *Este hombre inspira horror á la ciudad.*»

Encontrado moribundo en Zaragoza, José Palafox, fué por su orden, conducido á Francia, luego encerrado en el fuerte de Vincennes, en donde quedó hasta la caída del imperio, tratado como un malhechor por haber defendido la más justa de las causas. Estas ignoradas represalias contra los vencidos que eran el honor de su tiempo han pasado la mayor parte inapercibidas, y sería cometer una extraña equivocación suponer á Napoleon capaz de haber experimentado un pesar cualquiera á causa de semejantes actos; pero cuando, cautivo en Santa-Elena el autor de tantos crímenes, hacía tan grande

Don B. B. Humberto Lacy  
Padre Lacy

José de Ansbach  
Juan Carlos de Borbón  
in. Lacy



Autógrafos de los jefes de la insurrección del Tirolo

ostentación de su martirio y fatigaba á Europa con sus lamentaciones á propósito de una botella de vino que se rehusaba á su mesa, ¿no vió jamás pasar por sus recuerdos la estoica figura del joven defensor de Zaragoza?

Después de todos estos hechos, es permitido suponer que tratando los vencidos con este cruel rigor, Lannes no obedecía á sus sentimientos personales, sino á las instrucciones que debían repugnar á un hombre de tan verdadero valor. Este episodio no por esto queda menos como una mancha en su memoria. Sometiéndose al llamamiento del emperador, Lannes no le llevaba mas que una gloria empañada y una vida cuyos días eran ya contados.

Estos refuerzos sacados del ejército de España, no eran sino una débil parte de los que Napoleon se proponía enviar á las tropas que había conservado en Alemania bajo las órdenes de los mariscales Davout y Bernadotte. Las dos quintas que había levantado en Setiembre de 1808, una sobre el

año 1810, la otra sobre los hombres que habían escapado á las quintas de los años precedentes, subían en conjunto á 160.000 hombres y estaban aún casi intactas. Los organizó sobre la marcha por medio de sus cuadros y de sus depósitos, especie de abismo siempre abierto y susceptible de extenderse indefinidamente.

Llevó á sus regimientos de infantería á 3.000 hombres presentes bajo las armas, lo que suponen un efectivo de cerca de 4.000; sus regimientos de caballería á 1.000 hombres, lo que suponía 1.200. Los oficiales hacían falta para mandar á estas tropas de nueva formación, y tuvo que recurrir á medidas expeditivas que no han contribuido poco á su renombre de gran organizador, pero que, según toda apariencia, la posteridad citará con menos admiración que la generación presente.

Hizo entre los jóvenes de diez y siete á diez y ocho años que estudiaban en las escuelas militares, una especie de quinta de favor, en virtud de la cual estos jóvenes podían anticiparse á la graduación,



pero se les dejaba anticipar también su sangre. Tomó 168 de Saint-Cyr, y otros tantos en la Flèche, cincuenta de la Escuela politécnica y cincuenta de la de Compiègne. Este resultado no le pareció suficiente, extendió la operación á todos los liceos, esto le dió «400 cabos-furrieles para enviar á los regimientos.»

Era necesario ahora pensar en llenar los vacíos producidos en las escuelas militares por esta ingeniosa explotación. Había poco que esperar, bajo este respecto, del celo espontáneo de las familias, porque semejantes medidas no eran por su naturaleza animar á los padres á que mandaran á ellas á sus hijos. El genio organizador de Napoleón encontró pronto el medio de proveer. En la época de la campaña de 1806, había tenido la idea de formar compañías de guardias de honor, especialmente destinadas al alistamiento de los hijos de familia que esperaba arrastrar con la perspectiva de los favores imperiales. Esta creación que se dirigía principalmente á la nobleza antigua, había tenido poco éxito. Napoleón volvió á empezar bajo otra forma sustituyendo el alistamiento forzoso por el alistamiento voluntario. Ordenó, en consecuencia, á Fouché «que le enviase un lista de diez familias por departamento y de cincuenta de París,» teniendo cuidado de componerla de *las familias antiguas y ricas que no estuviesen por el sistema*. Sus hijos, mayores de diez y seis años y de menos de diez y ocho, serían enviados por fuerza á la Escuela de Saint-Cyr: «Si se hace alguna objeción, añadía el emperador, *no hay otra contestación que dar sino que tal es mi deseo.*»

Estas últimas palabras eran la misma fórmula del antiguo régimen; pero hubiera sido necesario de remontar bien lejos y recurrir á las épocas nefastas para encontrar nada que igualase este conjunto de medidas. Se hubiera dicho que habían sido sistemáticamente combinadas por una mano sabia con el fin de apagar la inteligencia de Francia al mismo tiempo que consumir la fuente de sus fuerzas vitales. No se tomaban solamente estas robustas generaciones de paisanos y de obreros que eran como los cuerpos de la nación, se acometía al corazón y al cerebro; escogíase con un cuidado celoso en los mismos bancos del colegio y escuelas á esta juventud florida, á esta preciosa reserva que era el arte, la literatura, la ciencia, la civilización del porvenir, y antes que su instrucción hubiese terminado se la arrancaba en flor, y caliente aún de los besos maternales, se la enviaba á la carnicería de los campos de batalla.

Francia estaba desangrada; ¿pero estas dos

quintas y estas reclutas suplementarias eran todo lo que el país podía dar? El ojo perspicaz de Napoleón no tardó en descubrir nuevas categorías para añadir á estos contribuyentes del impuesto de sangre. Ordenando un alistamiento de 80.000 hombres sobre los cuatro años anteriores á 1808, que cada uno había ya suministrado un número semejante, había llevado su contingente regular á 100.000 hombres. ¿Después de eso, no había una flagrante injusticia en no pedir sino 80.000 en el año 1810?

El principio de igualdad, tan querido por los franceses, exigía imperiosamente la reparación de un abuso tan tiránico. Aumentó entonces la cuota del año 1810, pero la aumentó en 30.000 hombres en lugar de 20.000, lo que destruía de nuevo el equilibrio, y le permitía pedir un nuevo suplemento de 10.000 reclutas, para la guardia imperial, á los años anteriores á 1810. Lejos de tener que dolerse, se encontraban favorecidos, puesto que se les imponía una contribución de 10.000 hombres en lugar de 40.000, cifra necesaria para restablecer el equilibrio. Pero este favor era de mal augurio, y les dejaba bajo el golpe de nuevos llamamientos.

Todas estas disposiciones, las tomó Napoleón y las hizo ejecutar sin consultar al Senado, á quien no estaban además sometidas, sino por una violación formal de las constituciones del imperio. Esta asamblea no fué llamada para sancionarlas sino cuando el emperador estaba ya enfrente de los austriacos en la llanura del Danubio. Tales medidas no eran en efecto posibles, sino á condición de ser clandestinas. Excitaron, desde entonces, graves disgustos que, en las poblaciones del Oeste, iban hasta el motín, y que se ahogaban sin ruido bajo el nombre de brigandaje.

Gracias á estos alistamientos de 240.000 hombres que venían á añadirse á los ejércitos de Italia y Alemania, Napoleón se encontró pronto en disposición de hacer frente á las tropas de Austria. Quería que el príncipe Eugenio pudiera entrar en campaña con 100.000 hombres, sin contar el cuerpo de Marmont que ocupaba la Dalmacia, y le ordenó hacer sus primeras concentraciones en el Frioul; él dirigió de Erfurt sobre Würzburg el ejército del Rin que mandaba Davout. Envio á Lefebvre á Munich para tomar el mando del contingente bávaro que subía á 40.000 hombres. Prescribió á Bernadotte, que estaba á la cabeza del contingente sajón-polonés, que reemplazase con poloneses las guarniciones francesas de Glogeau, Custrín, Stettin y Danzig, y que se concentrase al rededor de Dresde para observar la Bohemia. Finalmente, Massena fué encargado de

organizar en Strasburg bajo el nombre de *ejército de observación del Rin*, un cuerpo de nueva creación que debía estar pronto á marchar sobre el Danubio á la primera señal.

Los príncipes de la Confederación del Rin, cuyas fuerzas reunidas pasaban de 100.000 hombres, recibieron órdenes reiteradas de llevar su efectivo á su maximum. Obligados á armarse contra la causa de sus compatriotas, y testigos del odio que nuestra dominación excitaba en Alemania, estos desgraciados príncipes no tenían ni la ilusión de creer que cediendo á una dolorosa necesidad, obedecían por lo menos voluntariamente, y obraban por ellos mismos. No se hacía nada para disfrazar el yugo al cual estaban sometidos, y todos sus cuerpos auxiliares eran mandados por generales franceses; los sajones, por Bernadotte; los bávaros, por Lefebvre; los wurtembergeses, por Vandamme que Napoleón impuso al rey de Wurtemberg, á pesar de protestas muy motivadas.

El ejército de Italia debía quedar bajo las órdenes de Eugenio, joven bravo y lleno de celo, pero sin pasado militar, pero para quien una augusta parentela estaba reputada como capaz de suplir su inexperiencia y falta de servicios. En cuanto á los diversos grupos del ejército de Alemania, debían después de algunos tanteos, subdividirse, definitivamente en siete cuerpos de ejército sin contar la guardia y la caballería de Bessiéres. Según la propia evaluación de Napoleón, estas fuerzas iban á repartirse del modo siguiente: Lannes debía tener cincuenta mil hombres; Davout sesenta mil; Massena cincuenta mil; Lefebvre cuarenta mil; Augereau veinte mil; Bernadotte cincuenta mil; el rey Jerónimo doce mil; lo que, con los veintidos mil hombres de guardia y los veinte mil del cuerpo de Bessiéres, formaban un total de trescientos veinticuatro mil soldados y con los del ejército de Italia de cuatrocientos veinticuatro mil.

Las fuerzas del Austria, que parecían, al primer golpe, igualar al menos esta masa enorme, eran en realidad muy inferiores, porque se componían en gran parte de milicias que no podían ser, que no podían ser, sin riesgo, opuestas á las tropas regulares. Estas últimas que solas iban á formar el ejército activo, no subían á 300.000 hombres, todos juntos.

El archiduque Juan debía atacar al príncipe Eugenio con 50.000 hombres, apoyándose en una insurrección que iba á estallar en el Tirol; el archiduque Fernando debía amenazar la Polonia Sajona con 40.000 hombres; el archiduque Carlos, final-

mente, tenía bajo sus órdenes el ejército principal, y ocupaba la Bohemia occidental con 180.000 hombres llevados allí para arrojarlos sobre Baviera. Dos otros destacamentos de 10 á 15.000 hombres observaban el uno la Dalmacia, el otro el Tirol. En cuanto á las milicias cuyo número pasaba de ciento cincuenta mil hombres, se las tenía en reserva en los alrededores de Viena y en Hungría como un recurso desesperado.

A pesar de la inferioridad de sus fuerzas, el gabinete de Viena tenía sobre los franceses una real ventaja, si sabía obrar á tiempo: sus tropas estaban concentradas y las francesas en un peligroso estado de dispersión. Si se supone á Bonaparte en el lugar y puesto del archiduque Carlos, la partida no hubiera sido dudosa un instante; con algunas marchas se hubiera encontrado entre los cuerpos de ejército franceses diseminados y les hubiera batido el uno después del otro. Mas el archiduque metódico y tímido por naturaleza, si bien era un hábil general, sentía para el genio de su adversario una admiración casi supersticiosa que paralizaba en parte sus facultades, y la lentitud austriaca no era propia para comunicarle el entusiasmo que le faltaba.

Todo el mundo sentía sin embargo, en Viena, la necesidad de una pronta determinación si se quería poner á provecho la ocasión que se había buscado. Los partidarios de la guerra, Stadion, Gentz, Pozzo di Borgo, redoblaban sus esfuerzos para concluir con las últimas excitaciones de la corte. ¿Queríase esperar que Napoleón hubiera terminado sus preparativos, darle tiempo de destruir á España, dejar el entusiasmo alemán enfriarse y abatirse? ¿Que se hablaba de las amenazas de la Rusia? ¿Esto no era sino un vano espantajo? Nadie ignoraba que Alejandro estaba sólo en el imperio para aconsejar la paz, y que la alianza francesa era detestada. Si no se obraba en este único momento, no quedaba que hacer sino una cosa: esto era, desarmar y someterse, á lo que se iban á ver sometidos por necesidad. A despecho de los nuevos subsidios que acababa de recibir de Inglaterra, Austria estaba arruinada por este inmenso armamento, la victoria podía solamente restablecer su agotado erario, y si debía ser vencida, mejor quería sucumbir con honor bajo los golpes del enemigo de Europa que bajo el peso de una afrentosa bancarrota después de un desfallecimiento más afrentoso aún.

Es cierto que, después de las declaraciones del ministro de Hacienda, el conde O'Donnell, los recursos de Austria no bastaban para el sostenimiento del ejército y que «era necesario enviarle ví-